

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

ESPAÑA Y COCHINCHINA.

Aunque con extrañeza y dolor, llega cualquiera á explicarse la existencia de ciertas manchas en la historia patria, y de ciertos lunares en las costumbres de su país: que no ha de herir el amor propio de tal miopía la vista, que no se vea la joroba que se lleva en pecho y espalda, al mirarse en un espejo.

Páginas negras que el patriotismo dobla con angustia cuando no puede borrar con llanto, y hechos vergonzosos que el sentimiento de la dignidad nacional quisiera cubrir de tinieblas, ya que no bastan razón ni justicia para impedir que se consumen.

Pero lo que no se entiende, ni hay interés en explicarse, porque sería mucho peor el intentarlo, es el alarde de la monstruosidad, la complacencia en ostentar lo deforme, la osadía en mostrar la fealdad, haciendo con ella timbre de vanidad, rasgo de carácter y hasta ocasión de ufanía. Tamaña aberración, no pudiendo ser bizarria del idiotismo, sólo puede tomarse como cínica indiferencia ó necia provocación.

¿Qué se diría del español que espurgase en el libro de su historia crímenes é infamias, y los reuniese en una obra ilustrada con las figuras de traidores y verdugos y las exageradas reproducciones de catástrofes y maldades? Qué se pensaría, qué hemos pensado nosotros, cuando, no ya un escritor nacional, sino una pluma extranjera ha exagerado nuestros vicios, ha calumniado nuestros usos, ha infamado nuestra reputación y nos ha presentado á las generaciones futuras, ya como bandidos, ya como cafres, siquiera como poco celosos de la honra nacional, ó

Junio 1.º, 1878.—Tomo IV.—Núm. 20

como indiferentes ante las glorias del pasado ó las esperanzas del porvenir?

Hemos puesto el grito en el cielo, pero no hemos puesto la enmienda en la tierra; hemos creído que hay cosas que nadie tiene derecho á decírnoslas más que nosotros mismos, sin duda porque como nosotros mismos no pensamos en decírnoslas nunca, queremos conseguir de este modo no oírlas jamas, aunque las hagamos siempre; hemos mostrado el pueril enojo de aquel que hace lo malo y no quiere que se lo reprendan: raro derecho de todo necio ó de todo tirano, que piensa que callando el mundo, aprueba; ó que pretende que sus hechos sean tenidos por buenos, sólo por ser suyos.

Vana empresa: el mundo ríe, se encoje de hombros cuando más, y cuando ménos la civilizacion extranjera lanza sus rayos contra nuestra obcecacion y nos hiere con su justa censura.

No nos basta que cuando un científico, un moralista, un sér humano penetra por nuestras fronteras, le ofrezcamos, entre los varios caprichos de nuestras costumbres locales y de nuestros pintorescos y extravagantes usos populares, ese espectáculo en que parecen convenir todas las ignominias y al que concurren todas las rudezas, que se llama *corrida de toros*. Es preciso que cuando, oficialmente y con elevado carácter y respetable mision, llega á nuestro suelo algun representante de extraña nacion y de agena cultura, le invitemos pomposamente y por via de supremo deleite y última expresion del placer en España, á una de esas lides repugnantes en que ni nuestra gente aparece lo que es, ni idea puede formarse que sea verdadera del carácter nacional, de la dignidad y de la hidalguía ibéricas, ni de la cultura é ilustracion que corresponden á un pueblo viejo de la vieja Europa.

Todavía hay más: tal es el apego que tenemos á nuestros propios defectos, sin duda no por ser defectos, sino por ser nuestros, que varias veces hemos intentado pasearlos por las naciones vecinas, cuando por exagerada galantería nos lo han tolerado; pero sin que logremos inocularlos en ellas, á pesar de nuestros impertinentes esfuerzos, como para darnos á entender, tal vez que cada pueblo tiene bastante con sus vicios, pero seguramente que los nuestros son más repugnantes á todos ellos que los propios.

Y cuidado que la tolerancia ha sido alguna vez exagerada;

por ejemplo, cuando nos permitieron clavar en el palacio de la Industria universal la cabeza del toro valeroso que mató el *Gordito*. ¡Gran concurrente al certámen de la civilización humana es un matador de toros, y elocuente muestra de su superior talento la cerviz del animal más bello y útil, rendida en la ocasión más perjudicial y vergonzosa!

Pero á fé que la susodicha testuz adornaba el departamento concedido en Francia á los productos españoles!: las consideraciones á que esto se prestara, recaían naturalmente sobre España; y es seguro que á más de un visitador español de la Exposición se le subiría la sangre al rostro al ver la amenazadora cornamenta de aquella víctima de nuestros circos; por más de que se hallase dispuesto á no tolerar la risita irónica de los extranjeros ni aun las reconvenções de los franceses nuestros huéspedes.

—«Soy atroz; pero no me lo digas; déjame hacer y procura no notar lo que hago. Ni hay quien me haga renunciar á mis antojos, ni he de tolerar que alguno me los critique. Les tengo en mi casa, les quiero tener en la vuestra; pero cuidado como os burláis, ni como os atreveis á condenarles.»

Pues no se crea que esto es orgullo: era posible que lo fuese, que anda la soberbia cerca de la obcecación y de la impertinencia; pero no lo es. España tolera que aquí se censure del modo más persistente y más rudo este cruel espectáculo: todos los días y en todos los tonos, por varios conceptos y personas y á veces con muy notorio éxito y grandes probabilidades de triunfo, se alzan voces condenando la fiesta taurina, anatematizando esta horrible tradición y conspirando para derribar tan feroz ídolo del altar en que le mantienen una ciega rutina y una funesta depravación del gusto y hasta de la moral.

Y nadie se queja: nadie se indigna contra las protestas, ni nada parece indicar que se avive el empeño de torear por el poder de la saña que despierten los ataques: es sencillamente una terquedad la que sostiene el espectáculo, que cederá el día en que la ley la acometa decidida, quizás sin proferir una murmuración.

Todavía es más: cuando hemos recibido el desengaño de hallar un censor donde creímos encontrar un admirador entusiasta, no nos hemos resentido por eso. Con gran tranquilidad oímos no hace mucho á S. A. el Príncipe de Gales resistirse

á presenciar una corrida, en razon á que pertenecía á la Sociedad inglesa protectora de animales. Como si ofreciéndole á un amigo en la punta del tenedor una rueda de remolacha, nos contestará:—«Gracias: no me gusta.»—«Pues á mí sí,»—contestariámos nosotros metiéndonosla en la boca: así oímos al ilustrado Príncipe contestar que le repugnaban las corridas de toros, y desentendiéndonos de la leccion, dijimos:—«Pues á nosotros no.»—Y allí fuimos á llenar el *redondel* y á poblar los aires con los gritos de una feroz alegría bastante á sofocar las justas acusaciones extranjeras.

Pero siquiera entónces se hallaba España frente á la encofetada Inglaterra; más hoy que se ha visto en igual caso y respecto á la atrasada Cochinchina!... Hoy, preciso es confesar que en punto á toros, nuestro pueblo no tiene ni pizca de amor propio: ó es que nada le importa como le dejen su diversion favorita, ó es que lo olvida todo con la embriaguez extraña que le produce esa fiesta.

El imperio de Annam nos manda desde las ignotas regiones de la Indo-china una embajada que viene á la Europa, sedienta sin duda de cultura y curiosa por descubrir las modernas formas que tiene el progreso en las famosas naciones del viejo continente.

Tras de otros estados, tócale su turno á España, y apenas se presentan en nuestra Corte los ilustres representantes de la *Hue*, les salimos al paso con el tradicional espectáculo y la acostumbrada *corrida de toros*; esto es, que lo primero que nos divisan es la descomunal joroba que afea nuestro organismo social. La llevamos con orgullo, eso sí; pero la llevamos y nos exponemos á que nos la señalen con el dedo los atrasados hijos del oscuro imperio annamita.

Sin duda creímos admirar á los chinos con una fiesta nunca vista y unos alardes de valor (que así suele llamarse decentemente la barbarie en pueblos finos y cultos,) creyendo que la novedad distraería de lo inhumano y el aturdimiento no dejaría paso á la protesta: en efecto, muchas veces la extrañeza hace el papel de la admiracion, y el mismo espanto no deja formular la censura; pero tambien es cierto, que mientras hombres ó pueblos se aproximan á la naturaleza, son más expontáneos y sinceros en las manifestaciones de sus sentimientos; y que tratándose de gentes que ahora principian su trato internacional, no era de

presumir que las violencias de la diplomacia ni las mentiras de las conveniencias sociales, viniesen á rebajar sus impresiones, ni á disimular su duro fallo ni su vivo disgusto.

Así fué, que la embajada annamita aceptó nuestra galante invitacion para una *corrida de toros*, sin saber lo que iba á presenciar, ó tal vez con la avidez de aquel á quien se ofrece algo de que ha oido hablar con encomio; mas, ¡oh dolor! al tercer toro, los embajadores de la inculta Conchinchina no tuvieron inconveniente en declarar que no podían resistir el espectáculo y se retiraron con notoria infraccion de las reglas de la etiqueta que imponían ¡crueles! el deber de afrontar aquel suplicio hasta su natural terminacion. Aun hay que suponer que el deseo de no disgustar con el desaire, hizo á los asiáticos estar allí durante la lidia de los tres primeros toros; de manera que hay que agradecerles todavía tamaño sacrificio; y que preciso es declarar que no había derecho á exigirles nada más.

Seguramente que España no les criticó esta falta de paciencia, tanto como ellos nos habrán censurado este anacronismo de la civilizacion; pero es claro que el caso no es idéntico; puesto que nosotros quedamos muy complacidos en lo mejor de nuestra fiesta, mientras que ellos salieron escandalizados de hallar en la Côte de la famosa Iberia, una aberracion moral que escederá quizás á cuantas tengan por allá los rudos habitantes transangéticos.

Y véase aquí que nuestra mania por rebajarnos ante el mundo es singular; casi raya en demencia. Entiéndese la vanidad del valor, de la riqueza, de la fortuna; explicase el orgullo del talento, de la laboriosidad y de la rectitud; mas no se concibe la ostentacion constante y bulliciosa de la fealdad, de la imperfeccion y del vicio.

Una sola cosa nos favorece, y es el espíritu de protesta que se levanta enérgico y persistente entre nosotros mismos y que ante propios y extraños proclama que hay gentes en que alienta un deseo de reforma, en que anida un sano juicio y en que se manifiesta todo el valor que reclaman la pública confesion de la falta y el vivo propósito de la enmienda.

Tócanos el elevado papel de representar ese espíritu reformista, de formular sus aspiraciones y de lanzar nuestras más sentidas quejas, como miembros de una Sociedad protectora de

animales y defensora al par de los sagrados intereses de la racionalidad humana y del derecho natural.

Por eso si frecuentes son las celebraciones de esas horribles fiestas, tambien son incesantes nuestras acusaciones y nuestros clamores.

¡Digo! que habrían dicho los annamitas si les hubiera tocado presenciar la cogida del desventurado Currito, á quien acaba un toro de romper una clavícula!...

Antes es preciso hacer trizas ese pavoroso ídolo de la aberracion y la inhumanidad, á quien el pueblo español presta el costoso culto de la irracionalidad y la barbarie, sacrificándole al par su conveniencia y su decoro.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES.

CARTA Á UN NIÑO.

Qué es el animal, me preguntas, y en verdad quisiera responderte de modo que quedaras convencido.

Los animales son seres inteligentes: he aquí lo que puedo decirte en este asunto.

Tú has oido, sin duda, hablar del instinto de las bestias, y esta palabra *instinto* es la única que ha sonado en tus oidos. Yo no sé si me engaño, y, por lo tanto, si te engaño tambien; pero profeso firmemente la teoría de que existe en todos esos seres inferiores el principio inteligente.

Cuando nuestra pobre gatita se acuesta al Sol, cerca de una ventana, y el astro del día en su aparente camino hacia el ocaso, no puede ya enviarle sus rayos, que le dan el calor que apetece, el manso animalito se levanta, corriendo con presteza hacia el balcon, donde por largas horas ha de tener calor y Sol bastante.

Si eso mismo hiciera yo, sér inteligente, como hombre, se admitiría que, al hacerlo, obraba en virtud de un raciocinio, á su vez motivado por el recuerdo que pudiera tener de haber visto allí el Sol otros días, ó por el juicio que hiciera ante la posicion del balcon, que mira al occidente.

¿No es verdad que yo al hacerlo, obraba solamente en virtud de mi inteligencia nada más?

Pues en la gata quieren todos suponer que sólo lo hace por instinto.

Yo me sublevo ante esa lógica tan falsa y singular: el mismo hecho producido por causas diferentes, es cosa que rechaza mi mente, al admitir, al profesar la creencia de que las causas se aproximan, en lo posible, á su unidad, á su unidad perfecta.

Estas cosas, que yo quiero llegues á comprender, podran tal vez no estar muy al alcance de tu bella, naciente inteligencia: yo procuro expresarme claramente, en medio de la natural importancia del asunto.

No hay, pues, más que un principio inteligente comun á todos los animales que pueden, por el desarrollo de su sistema nervioso, presentarlo: únicamente hay seres con mayor ó menor desenvolvimiento intelectual, y el hombre es el que ha podido, entre todos, alcanzar el primer puesto.

¿No has visto muchas veces en los animales actos superiores en valor moral á otros por el hombre ejecutados?

¿No has leído anécdotas y hechos verídicos de los irracionales en que has podido ver el amor, la lealtad, el heroismo, la abnegacion sublime, el sacrificio; todas, todas las virtudes del hombre por los seres inferiores practicadas?

La soberbia hace al hombre suponerse poseedor de una grandeza que le humilla: el verdadero mérito no existe en virtud heredada ó recibida: sólo el bien practicado por sí mismo; sólo el saber, la virtud y el talento, hacen honroso y digno al que logra tales prendas alcanzar.

Por eso, yo me creo grande si al realizar en mi existencia la mision que me cupo como hombre, me elevo sobre otros seres que quedan por sus actos bajo mí: así el sér humano, en la alteza innegable de su dignidad y de su razon, se encuentra grande y de respeto digno si realiza el bien sobre la tierra.

Los animales no tienen una inteligencia tan desarrollada que les permita ejercer las diferentes funciones intelectuales que podemos los hombres practicar: sin esto, que es mucho y que constituye diferencia muy grande, fuera su poder intelectual cual el que poseemos.

Nosotros aplicamos por generalizacion la noción ó el conocimiento adquirido, á hechos muy diversos; y si abstraemos,

venimos á admitir entidades que no existen sino en el mundo ideal de nuestra mente.

Con esto solamente, que los séres inferiores no pueden hacer en modo alguno, valemos sobre ellos lo que tú no puedes fácilmente figurarte.

Yo te expreso mis ideas cual las siento y comprendo: lo que yo creo verdad eso te digo, con la misma fé con que lo admito.

He leído muchos hechos notables de animales, que hubieran bastado á disipar la duda, si en mí hubiera esta encontrado acogida: por fortuna, jamás en este punto apareció dudoso el principio que cual cierto profeso, y, cual verídico hace tiempo acójí.

Y voy á referirte un hecho singular que no solo muestra inteligencia, sino conciencia moral tan elevada, que, en verdad, podrá haber séres humanos que con tanta exactitud no lo comprendan.

El suceso debe ser verdadero: leí su narracion en un periódico de Gibraltar, donde tuvo lugar hace dos ó tres años. Justamente escribí por entónces lo que ahora te copio y empiezo á trasladarte.

AGRADECIMIENTO DE UN IRRACIONAL.

«Con este mismo título, publicaba un diario de Gibraltar el hecho conmovedor que quiero en estas líneas relatar: él podrá probar, tal vez, que el sentimiento no existe sólo en el hombre; que hay otros séres que lo tienen.

Y debe ser así: todos los animales dan muestra á cada paso de profesar amor, afecto tierno; y el caso que en estas líneas se presenta, es buena prueba de que el agradecimiento que el hombre olvida con frecuencia tanta, al olvidar los beneficios recibidos, puede encontrarse en los animales, con tanta injusticia maltratados entre nosotros, con crueldad tan horrible perseguidos.

Los animales, con su menor desarrollo intelectual, pueden á veces enseñarnos con sus hechos á practicar el bien, aunque su ejemplo no sea considerado por el hombre.

Voy á contar el suceso.

Paciendo la tierna hierbecilla, hallábase una yegua, con un pequeño potro, hijo suyo: este, alegre y jugueton cual pudiera serlo en su temprana edad, corría de un sitio para otro, retozaba aquí y allí. La madre pacía entretanto; más, cuidadosa, tenía fijos sus ojos en el jóven potro que tan contento, tan alegre estaba.

Tranquila se encontraba la pobre yegua; y, tranquila parecía á la vez en su pequeño hijuelo recrearse: la madre gozaba con

aquella alegría del hijo suyo, de aquel sér que de ella había nacido.

De repente, el gozo se torna en sobresalto: el potro había caído al agua en sitio donde su profundidad era muy grande; y aunque nadaba, sus fuerzas eran escasas, y parecía pronto á sumerjirse, próximo á perecer.

La madre había visto aquello; había observado el peligro del pequeño hijo suyo; más ántes que ella, un niño que en aquel paraje se encontraba, había también percibido el riesgo inminente que corría el animal.

Verlo y lanzarse al agua fué todo uno: el buen niño, guiado solamente por su grande y puro sentimiento, quería salvar á aquel animal que luchaba con la muerte; quería salvar al potro.

Ante tanto heroísmo, los circunstantes, las personas todas que allí estaban, sentían todo su sér cual si en suspenso se hallara su existencia: en aquellos momentos no vivían sino para el drama que se presentaba á su vista.

El niño lucha, débil y pequeño, por salvar al animal: sus esfuerzos son vanos, sin embargo, su acción inútil.

Se siente sin fuerzas, y aún lucha y persiste en su empresa hasta el momento en que, temiendo morir, pretende ganar la orilla, sentar su planta en la mojada tierra.

Terrible momento de angustia aquel en que cuantos allí se hallaban ven al heroico salvador luchar en vano con su energía perdida: la escena cambia y el horror se aumenta; el potro se sumerge, el niño vá á morir.

Nadie hablaba entónces: en las grandes angustias del espíritu, la grandeza, la inmensidad del sentimiento embarga la voz, impide el habla.

Ante el silencio general y solemne, y en el momento aquel, los hombres nada hacían.

¿Qué pasó, pues?

Cuando el pequeñuelo luchaba con la muerte, y el potro parecía perder la vida, cuando nadie quería exponerse también á perecer por aquellos dos séres que morían, la yegua, de quien nadie se había acordado, la madre que con firmeza grande había seguido las vicisitudes de aquel suceso, se lanzó presurosa á las ondas, y con sus dientes agarró las crines de su hijo.

Y era tiempo ya: de tardar más, hubiera sido inútil su socorro.

El vigoroso animal nadaba con admirable destreza, y pudo sacar fácilmente á la orilla al pobre potro y al niño, que encontró medio de agarrarse y de ser también salvado de ese modo.

Realizada su obra, el valiente animal, la cariñosa madre se dirige hacia el niño, hacia el que en tan gran riesgo acababa de exponer su vida por devolverle lo que tanto amaba.

El héroe infantil temió sin duda, algún daño, y pretendió huir; la yegua le siguió fácilmente en su carrera, alcanzándole al cabo.

¿No es verdad que era muy extraña la situación del pequeño?

Pensaba que el animal, al perseguirlo, quería hacerle daño; y, por esta idea dominado, lleno de terror y de espanto, no halló otro medio de evitar tan porfiada persecucion; que arrojarle prontamente al suelo.

¡Momento terrible aquel para el pobre niño!

Lo fué, en efecto, para él y para cuantos aquello presenciaron; aunque muy pronto cambió el cuadro por completo de color.

La yegua, léjos de hacer al protector del potro daño alguno, se acerca á él gozosa, y dulcemente le lame y le acaricia: aquella madre que viera cómo el niño había procurado la salvacion de su hijo; aquel inteligente animal que pudo comprender cuan grande era el valor de la accion realizada, sólo quería expresar su inmenso agradecimiento, del único modo que le era posible ejecutarlo.

¡Cuánta grandeza presentaba aquella escena tierna y conmovedora!

Cuantos pudieron el hecho presenciar, se sintieron de tal modo conmovidos, que más de una lágrima asomó á los ojos, y más de un corazon latió con fuerza ante tanta magnanimidad, ante sentimiento tan vivamente expresado.

La yegua era madre: su amor dirigió su actividad, y por eso expresó su sentir: el niño, ántes intranquilo y temeroso, también lloró de placer al ver de qué modo aquel sér inferior se igualaba á él por la notable espresion de su inmenso agradecimiento.

Todos los séres sienten; todos aman: la madre, desde la del humano sér hasta la del insecto, se eleva sobre todo por su ternura incomparable; esta la comprende tan sólo aquel que siente vibrar la cuerda sensible por escelencia: el amor á los hijos.

Si todos los séres aman, todos merecen ser amados: la guerra que reina sobre la tierra, debe ser en el dominio de la inteligencia totalmente abolida: cuanto alienta y vive sobre el globo, es digno de proteccion y amor.

¡Paz á los séres todos: la ley del amor debe reinar sobre el planeta!»

Esto es lo que escribí hace algun tiempo, y lo que he creido conveniente leas ahora. ¿Podrás creer que la yegua obró solamente por instinto, y que su inmenso agradecimiento, su comprension feliz, no fueron hijos de un sentimiento elevado, de un poder inteligente?

¿Qué hubiera hecho un hombre, una madre cualquiera con el que librara de la muerte al hijo de su alma?

No dudes un momento: la inteligencia es comun al hombre y

los animales, inferiores á él; aunque estos, con menor desarrollo, no alcancen en su accion lo que al sér humano le es dado comprender.

Cuando has pegado sin razon ni motivo á nuestro perro, ¿no has notado en sus ojos una noble, perceptible expresion de sentimiento?

El fiel animal, comprendiendo, sin duda, tu injusticia, ha opuesto su paciencia á tus injurias: era mejor que tú—debes creerlo—en el triste momento del martirio.

¿Estás al cabo ya de mis ideas?

¿Te encuentras satisfecho en la pregunta?

Pues si es así, justo será que aquí dé fin á estas líneas.

E. THUILLIER.

LAS CORRIDAS DE TOROS EN ESPAÑA.

(CONCLUSION.)

Otro ejemplo de lijereza con ribetes de crueldad.

En Valencia se anunció en Octubre de 1867, la corrida de una becerra, de una acreditada ganadería, por cuatro ciegos de nacimiento hijos de Murcia, que llevarían atada á la pierna derecha una campanilla igual á la de la becerra que la tendría pendiente del cuello, llevando además una bonita sortija atada á uno de sus cuernos, para premio del que se la quitase. Esta prenda, era regalo de una señorita que la ofreció para este objeto. Si á lo ménos la becerra hubiese sido ciega, sólo se hubiera cometido la crueldad de igualar al hombre con el bruto. Del modo que la señorita lo dispuso, me produjo un efecto fácil de adivinar, pero difícil ó más bien imposible de expresar. Tambien esta funcion se anunció, teniendo por móvil *la Caridad*. ¡Cuántos adefecos, cuántos escesos se han cometido á la sombra de tan sagrado nombre!

Pasemos en silencio las peripecias experimentadas en 1830, cuando por real orden se cerraban las Universidades y se creaba en Sevilla una escuela de tauromaquia! Dejemos á un lado los obsequios y consideraciones que Pepe-Hillo, Montes, Cúchares y otros han recibido de la aristocracia española, y atengámonos solamente á lo sucedido en nuestros días.

Hace poco que en España yacían en el lecho del dolor dos notabilidades: llamábanse, el uno Antonio Sanchez (el Tato) jóven torero de sobresalientes cualidades tauromáquicas; y el otro Casto Mendez Nuñez, distinguido marino español que con la escuadra de su mando, castigó en el

Callao con energía y de un modo ejemplar, á los enemigos de España. Mendez Nuñez espirando en el seno de su afligida familia, sólo era visitado por aquellos que, gracias á sus heroicos servicios, conservaban sus grados y honores. El Tato, se vió animado en el curso de su enfermedad por la satisfaccion que le causaba verse rodeado de distinguidas personas de la corte que le consolaban y se interesaban por su mejoría. ¡Qué contraste! El primero, ponía muy alto el pabellon español que en remotas regiones se vió insultado: el segundo, se distinguía en el arte de luchar con animales y sacrificar hombres, en el más bárbaro de los espectáculos que para desdóro de España se ha establecido en sus dominios.

Los periódicos todos, hacian notar este contraste, y el pueblo español avergonzado de sí mismo, hubiera deseado que se levantara una voz que lo desmintiera; pero esta voz no se levantó, y nos vimos obligados á repetir con Eguilaz:

«Es una verdad amarga

Pero es una gran verdad.»

Llegó el día 15 de Agosto de 1875 y volvimos á ver en Barcelona otra *corrida de toros*. En ella tuvo lugar un acontecimiento nuevo en los anales de la tauromaquia. Al matar el espada Lagartijo el tercer toro, el público se entusiasmó y empezó á tirar en la plaza, sombreros, americanas, etc., etc., etc., hasta que uno de los espectadores, con un furor febril, se despojó de la chaqueta, botinas, sombrero y cuanto cubría su persona. Cuando había lanzado á la plaza todas aquellas prendas, le quedaban los pantalones que se quitó y tiró á Lagartijo en premio de su habilidad quedándose en camisa, accion heroica de que no hablan Homero ni Virgilio. Un periodista al dar á conocer este episodio, dijo acertadamente: «Los cafres andan desnudos, ¿qué tiene esto de extraño?» Yo añado: «Este desacato al pudor, este insulto á la moral y á la decencia, en cualquier pais sería castigado: nosotros le toleramos, porque ha tenido lugar en una *corrida de toros*.»

Algunos extrañan que sucedan tan torpes escenas; yo soy de parecer contrario. En la plaza de toros, todo es posible y lógico: En una lucha de animales con hombres, en la cual al salir al redondel, los hombres toman el nombre de animales, y los animales toman el nombre de hombres, desaparece la dignidad de los espectadores que se creen autorizados para cometer cualquier desman. Hemos visto anunciarse las corridas dando á los toros el nombre de

Artillero,

Jardinero,

Comandante,

Cirujano,

Molinero,

Ariero, etc., etc.

Y dándose los lidiadores á sí mismos, los nombres de

Lagartijo,

Desperdicios,

Culebra,

Cornejito, etc., etc.

¿Y habrá quien critique que un espectador se quede en camisa en tan lucido espectáculo? Lástima que el consabido refrán de *En donde fueres haz lo que vieres*, no se pusiera en práctica por todos los concurrentes. Sería sumamente *gracioso* en tal caso, ver á todo un pueblo desnudo en el último tercio del siglo XIX, dar en la culta Europa señales de civilización y de buen gusto en una diversion autorizada por el Gobierno y presidida por la autoridad!....

No faltan apologistas del toreo que pretendan justificar su diversion favorita. Al hacerlo, salen diciendo que la lucha de los gladiadores romanos en épocas antiguas y la que en Inglaterra han usado los boxadores, son más bárbaras todavía. ¿Y qué? Cuando se trata de un desman, cuando se comenta un esceso, sea de la clase que fuere, ¿se justifican el desman y el esceso porque otro lo haya cometido mayor? Si Inglaterra tiene luchas de hombres que brutalmente se maltratan, también las tiene de inteligencia que la colocan en primer lugar entre las naciones más civilizadas.

Inglaterra inventó la primera máquina al vapor que ha dado á su industria la importancia que tiene: ha inventado el primer ferro-carril del mundo: ha construido obras de lujo, de *inteligencia* y *poderio* como el túnel que atraviesa el Támesis por debajo de él; ha construido el *Great Eastern*, buque de colosales dimensiones que puede conducir 10.000 hombres á la vez: ha presentado en 1851 la primera Exposicion universal, para conocer y enseñar al mundo entero los grados de civilizacion de cada pueblo, convocándolos á todos, no para que llevasen allá un toro como el que presentó España en la exposicion de Paris de 1867: sino para que cada nacion respectiva, cada miembro de la gran familia humana, presentase en el Palacio de Cristal levantado al efecto, los productos de su inteligencia, las muestras de su actividad. Los que inconsideradamente hagan uso del citado argumento para disculpar á los españoles al tratar de las *corridas de toros*, contribuyan como los ingleses á presentar testimonios de aplicacion, de verdadero progreso, como los que Inglaterra nos presenta á cada paso; y entónces acataremos las razones que aduzcan para disculparse: jamás con la idea de prohiar el establecimiento de una mal llamada *diversion* que es el descrédito de nuestras costumbres y el desprestigio de nuestra patria, que á pesar de las contrariedades que la afli-

gen, se presenta siempre grande y noble al combatiirlas. (*)

Las *corridas de toros* acabarían, si se empezase por no asistir á ellas el jefe del Estado: si se mandase depositar 10.000 duros para socorrer á las familias de los que accidentalmente perezcan por una desgracia, al ser trasportado el ganado de un punto á otro; si se impusiese una contribucion de la mitad de los productos en favor de los Asilos de beneficencia: y finalmente, si en las regiones elevadas no se alimentasen conversaciones relativas á tan degradante espectáculo.

Así, ó por otros medios semejantes, no dudo que se acabaría para siempre esta diversion popular en la cual se pierden los modales de la gente culta, se endurece el corazon, desaparece el respeto, se embrutece la multitud y se familiariza el pueblo con las escenas de sangre inocente de los infelices animales que allí se sacrifican, acabando todos por robustecer los instintos de crueldad, y desconociendo de todo punto los sentimientos humanitarios y generosos.

Falta dedicar algunas líneas al cruel proceder de los que, por obedecer á las reglas *del arte*, sacrifican al animal más noble, más valiente, más útil y más dócil, con que Dios ha completado la maravillosa obra de la Creacion.

Recuerdo haber visto alguna vez una coleccion de caricaturas que representaban con especial gracia y filosófica intencion, la vida del caballo desde que nace en el potrero, hasta que muere en la plaza de toros. Aquella série de dibujos trazados con singular acierto por mano versada en esta clase de trabajos, manifestaba un corazon sensible y un utilísimo empleo del tiempo y la habilidad, de que pudo hacer alarde su autor.

Empezaba el potro triscando por el bosque siendo acariciado por su madre que, orgullosa y satisfecha le lamía, le amamantaba, ó le defendía de los demás animales que á él se acercaban. Presentábase despues crecido, robusto y hermoso, con toda la belleza y brío de que está dotada aquella raza destinada á ser el más poderoso alivio y recreo del hombre. El domador le adiestraba en el arte de esclavizarle, acostumbrándole á soportar el peso de un apuesto ginete que más tarde había de lucir en un paseo, ó vencer á sus enemigos en el campo de batalla. Al perder el brillo de la juventud, pasaba á manos de un calesero que, gracias á la buena estampa del animal, le unecía á un coche de lujo ocupado por apuestas damas, que por su elegancia, su brillo, su hermosura, y, por la ventajosa posicion social que indicaba el poseer un tren tan costoso y elegante, arrastrado por un caballo de arrogante aspecto y brillantísima estampa,

(*) El pueblo inglés, poseido de un profundo respeto á la ley, obedece á la menor indicacion, al agente de policia que le hace alguna observacion. En Barcelona, hará poco más de dos años que fué asesinado un guardia municipal en pleno día, y en una de sus principales calles, al mandar retirar un puesto de frutas que obstruía el paso á los concurrentes.

Allí están en uso las luchas de pugilato: aquí hay «corridas de toros» Allí se obedece al agente de policia: aquí se le asesina.

compartía con ellas los elogios que se tributaban al interesante grupo. Más tarde y cuando contaba seis ó más años de servicio luciendo en calles y paseos tirando de la carretela, fué sustituido por otro más jóven, y se le destinó al coche de fatiga, y empezó á usar arreos viejos y á recibir algún garrotazo á que no estaba acostumbrado. Andando el tiempo, ni se le cuidaba, ni se le atendía como en sus días lozanos; hasta que vendido á un carretero, fué en adelante, el sosten de una numerosa familia, arrastrando un voluminoso vehículo cargado de algodón, de ladrillos ó de inmundicia. Avejentado y deslucido, le empezaron á faltar las fuerzas, y obligado su dueño á procurarse otro más robusto, aceptó la oferta de 25 duros que el empresario de la plaza de toros le ofreció por él.

Al pasar á su último poseedor, el carretero vendedor, le acarició, le besó, y exclamó con un dolor que no se finje:

«Bien sabe Dios, noble animal, que sólo la necesidad puede imponerme este sacrificio.»

La familia del pobre carretero permaneció durante algunos días, triste y meditabunda: sintió haberse tenido que desprender de aquel animal que dócil y sumiso, agotó sus fuerzas para proporcionarla el pan.

Por fin, sale á la plaza el desdichado animal que, desde que nació, ha contribuido al brillo de la sociedad, luciendo siendo de silla ó tirando de la carretela: contribuyendo á la comodidad de la familia en el coche de fatiga, y siendo el poderoso auxiliar del carretero durante los seis años últimos de su vida.

Lleva los ojos vendados: el toro le embiste, le derriba, le abre un boquete en el vientre, y se desvía en busca de otro objeto con que los lidiadores le distraen. El caballo se levanta, y montado de nuevo, vuelve á ser presentado al toro; pero al emprender la marcha, aguijoneado por el jinete, le salen las tripas que se llega á pisotear, y casi agonizando, recibe otra embestida que acaba con su vida, y en alguna ocasion, con la del jinete á la vez.

Al apostrofar tan bárbaro proceder, precisamente contra los animales que son el más poderoso auxilio del hombre, no podemos prescindir de elogiar como se merece, la oportunidad con que el distinguido autor del drama *La Rosa Blanca* se ha ocupado de este asunto, hablando en igual sentido, y retratando con vivos colores una escena parecida á la que hemos descrito.

En sentidos versos, que traducimos muy mal, vertió las siguientes ideas que puso en boca de un infeliz carretero, al lamentar la muerte de los caballos, en las *corridas de toros*.

Dice así:

«Entusiasta por mi patria,
por ella empuñé un fusil:
defendí su independencia

desafiando riesgos mil.
Yo que sangre ví brotar
de mis heridas, mis poros
se irritan, si oigo hablar
de las *corridas de toros*.
Tal fiesta que solemniza
nuestro pueblo en pleno sol,
mi semblante ruboriza
y siento ser español:»

Continúa haciendo la apología de las *corridas de toros*, y la del apreciable animal que acabó de perder, exclamando finalmente:

«Las bestias no tienen alma
pero..... tienen corazon.»

No es de estrañar tampoco, que en nuestros días el príncipe de Gales á su paso por Madrid, renunciase á asistir á la *corrida de toros* á que fué invitado, fundando su escusa, en que pertenecía á la Sociedad protectora de animales.

¡Qué lección tan elocuente!

No faltaría quien lo tomase á desaire y desaprobare su conducta; pero en cambio, todos los españoles celosos de la dignidad de nuestro país, le enviamos un afectuoso saludo de respeto y simpatía, y recomendamos esta lección á cuantos se hallen en el caso de aprovecharla.

No confiamos mucho en el triunfo de nuestras ideas por ahora; sentimos haber de confesar lo inútil de nuestro trabajo, emprendido con fé y con la esperanza de que algun día produzcan su efecto las tareas que escritores distinguidos y cuyo talento admiramos, dedican á tratar de esta degradante diversion.

Hora es ya de que los españoles conozcan los perniciosos efectos de las *corridas de toros* y se apresuren á desterrar tan bárbara costumbre dejando de asistir á esa fiesta.

HORA EST JAM NOS DE SOMNO SURGERE.

ANTONIO FAJAS Y FERRER.

Agosto 17 de 1875.